

Febrero 2020

La Curruja

Revista Cultural Independiente - N° 22 - Segunda época





EDITA: COLECTIVO CULTURAL “LA IGUIADA”

COORDINADOR: MANUEL CUENYA

FOTO DE PORTADA Y OTRAS FOTOS: MANUEL CUENYA

ISSN: 2530 – 2051

DEPÓSITO LEGAL: LE – 760 – 2009



Índice

Javier Arias Nogaledo

Lorenzo Nogaledo, nocedense centenario..... 4

Manuel Cuenya

Entrevista a Céline Droillard 10

Pepe Álvarez de Paz

La lluvia tóxica..... 16

Margarita Álvarez Rodríguez

Los miedos de nuestra infancia..... 20

Venancio Álvarez de Paz

La niebla de Noceda..... 31

Lidia Fos

Encuentro emocional en Noceda del Bierzo..... 34

Lorenzo Nogaledo, nocedense centenario

Javier Arias Nogaledo

Javier Arias Nogaledo, habitual colaborador de la Curruja, nos ofrece esta semblanza de Lorenzo Nogaledo, que pronto cumplirá el siglo, haciendo un repaso asimismo por el centenario señor Camilo y Pepín el Guerro, que ya ha cumplido sus cien años. (El editor).

Ya lo dijimos en alguna ocasión, hablar y sobre todo escuchar a nuestros mayores es algo único porque



ellos son, en la gran mayoría de los casos, sabiduría y memoria. Aunque bien lo sabemos, la memoria es selectiva, recordamos lo que queremos recordar y a veces lo que recordamos no coincide con la realidad. La verdad reluce a medias o es manipulada, y sobre esto ya estamos curados de espanto, por ejemplo, cuando escuchamos hablar a los nacionalistas, vengan de donde vengan.



Lorenzo Nogaledo (Fotos: Javier Arias Nogaledo)

Lo cierto es que no es fácil llegar a cien años, si bien cada vez se vive más en nuestro pueblo poca gente alcanza la centuria. Uno siempre recuerda al **señor Camilo**, tumbado en su hamaca, en el corredor de su casa. Con seguridad es la primera persona que vi llegar a cumplir cien años.

Antes de entrar más a fondo con nuestro protagonista haremos una reseña, un pequeño homenaje a José González o **Pepín el Guerrero**, un vecino del mismo barrio (Río) que Lorenzo, que ya los cumplió el siglo el pasado mes de octubre de 2019. De su centenario se hizo eco la prensa digital, cuando lo celebró con su familia en el restaurante el Verdenal.

Dice Lorenzo que para él su cumpleaños es el 17 de cada mes y no es para menos, aunque cuando llegue el 17 de mayo de 2020, que llegará, será un día grande.

Lorenzo Nogaledo Nogaledo no puede negar que es hijo de Noceda. Lo lleva en sus dos primeros apellidos. Alguien día habría que hacer algo con este apellido único, escribir sobre él, sus orígenes, el primer Nogaledo de Noceda, todos los Nogaledo que en el mundo somos (a veces parecemos muchos pero en realidad no somos tantos), en fin que uno siempre lo asocia a la colosal novela *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, la saga de los Buendía y el mítico pueblo de Macondo.



Foto cedida por Toña Travieso García (sentada a la izquierda)

Es evidente que todos procedemos de un mismo Nogaledo pero ¿cuántos años hay que remontarse hasta llegar a él? Y más inquietante aún ¿quién será el último/a? Esperemos no saberlo nunca, de eso estamos seguros aunque lleguemos a los cien como Lorenzo.

El día que charlamos con él nos recibió perfectamente afeitado y duchado, además lo hizo solo, sin ningún tipo de ayuda. Estos detalles nos invitan a pensar en cómo llegaremos los demás (si llegamos) y en qué condiciones a la vejez.

Fue el pasado verano y le tocaba estar en casa de su hija Quili, que vive en **Robledo de las Traviesas**, en el barrio más alto: **Trasmundo**, nombre poético que invita a dejarse llevar, un lugar espectacular, de magníficas vistas. La casa es la última del barrio ya que lo siguiente es el camino de ascenso al **pico de Gistredo**, tantas veces alcanzado.

Lorenzo nos recibe de buen humor y con ganas de hablar, pero ¡ay! la conversación girará y volverá a girar sobre un mismo tema, a lo sumo variará a



Las Traviesas (Foto: M. Cuenya)

dos o tres. Y aunque nos lo habían advertido, e intentamos llevarle por otros caminos, invariablemente volvemos al punto de partida.

Se podría pensar que un hombre que ha vivido una dictadura en su niñez (Primo de Rivera), una República (la Segunda), otra dictadura de 36 años (la franquista), una transición y finalmente una democracia querría contarnos multitud de experiencias, anécdotas, gente que conociera, lugares que visitara, todas estas transformaciones en su vida, en su familia, en su pueblo, que es básicamente donde ha vivido.

Pero para Lorenzo sólo existe un

tema, la Guerra Civil, esa losa, esa obsesión, ese mantra que no es que vuelva una y otra vez, es que nunca se ha ido. Por eso la gente que la vivió y sufrió la tiene ahí dentro o quizá no, es una herida en carne viva, imposible de cicatrizar y ese legado ha pasado de generación en generación. Y aquí estamos con la clase política, historiadores, gente corriente, sin que nadie se ponga de acuerdo.

Y así Lorenzo se pone a hablar y no para.

Cuenta que con 17 años se marchó a León primero, después a Astorga y finalmente acabó en Huesca. Conoció y aprendió a manejar un arma. Curio-



Lorenzo Nogaledo con sus biznietos (Foto cedida por Toña Travieso García)

samente su punto de vista de la guerra es el de alguien que la vivió en la línea del frente o en movimientos de su batallón, “caminábamos sin parar, nos movíamos mucho, hacíamos kilómetros y kilómetros”, dice mientras se queja de sus piernas.

Así que no oiremos de su boca las historias truculentas acaecidas en el pueblo antes, durante y después de la contienda, pero eso no quiere decir que no tenga batallas, valga la expresión, algunas más estimulantes que otras. Como aquella vez en un pueblo de la montaña oscense, donde a un hombre que tenía seis cerdos le obligaron a matar a cinco de ellos, previo pago. “Fueron los mejores filetes que he comido” recuerda con agrado.

Otra sin embargo es más salvaje, en pleno invierno y ateridos de frío un compañero no dudó en quitarle la cazadora a otro que había muerto en combate, pero entre el frío que hacía y el muerto que estaba “*tundio*” (tieso) no podía quitársela. Volvió finalmente con la cazadora puesta, “¿cómo lo hiciste?”, “le tuve que cortar el brazo”. Espantoso.

Qué puede pasar por nuestra cabeza, por nuestra mente, para que una persona que está a punto de cumplir cien años recuerde a la perfección co-

sas, detalles, nombres de cuando tenía 17 o 18 años.

Lorenzo Nogaledo recuerda el nombre del coronel, el batallón y la compañía en la que estaba, la 84, los sitios por donde pasó con sus compañeros y las operaciones en que actuaron: Levante, Teruel, Barcelona, Cataluña en general, Toledo, Santander, Ciudad Real, Extremadura y sobre todo la batalla más feroz de la guerra, la del Ebro, con su batallón de choque. Allí murieron varios nocedenses.

De repente deja de hablar, se va y aparece con un libro que les dio el coronel a todos los soldados de su batallón, en el que se relatan los hechos más sobresalientes de la campaña del 1 de octubre de 1937 al 1 de abril de 1939. Lo enseña con orgullo y para él es como un tesoro.

Intentamos llevarle a otro terreno, que nos hable de su vida familiar y laboral pero no se extiende demasiado.

Conoció a su mujer, Laura, a los 17 años, cuando venía de permiso durante la guerra. Vivieron al hondo del barrio de Río, tuvieron seis hijos (y dos más que fallecieron). Con sólo seis años perdió a su madre. Trabajó en la mina Sorpresas y luego en Balín, como herrero.

Y de nuevo, sin preguntar, salta al monotema, “en Barcelona una vez entramos en una fábrica de ropa abandonada, la mayoría era de tergal, nos la pusimos pero sólo nos duró un día porque estaba llena de piojos”.

“A mí todo el mundo me llamaba Nogaledo, empezando por el coronel”, no es sencillo de decir, le comentamos, nos han llamado de muchas maneras, algunas complicadas de pronunciar.

Hacia el final de la conversación insistimos para que nos hable del pueblo, las gentes, historias, sus amigos... Con

casi cien años y esa memoria tiene que haber un buen material, sin embargo su contestación nos deja helados: no quiero acordarme. La memoria selectiva se impone de nuevo.

Por último, nos habla de su amigo Enrique, “el Balao”, cuando trabajaban juntos en la mina llenando vagones y por fin nos muestra orgulloso fotos de su familia, de sus hijos, nietos y bisnietos. Más Nogaledos juntos. Ojalá que todos ellos sigan dando continuidad a nuestro apellido y que nunca vivan una guerra entre hermanos como hizo su padre, abuelo y bisabuelo.



Pepín el Guerro (Foto: M. Cuenya)



Entrevista a Céline Droillard

Manuel Cuenya



Céline Droillard en Carnaval nocedense.
(Foto: M. Cuenya)

Conozco a Céline Droillard desde hace años. Creo recordar que la primera vez que la vi fue en la ciudad francesa de Tours, donde el amigo Ricardo, hoy su compañero y marido, disfrutaba de una beca Erasmus, allá por el año de 1992. Uno, a la sazón, también gozaba de una beca Erasmus en 1991, en la ciudad de Dijon, en la Borgoña, que es tierra de buen vino, como el Bierzo.

Como editor y responsable de la revista *La Curruja* agradezco que nuestra amiga Céline nos haya concedido esta interesante entrevista. Pues, como ella misma dice, ya lleva viviendo más tiempo en España que en Francia, su país de origen. Y se sienten tan berciana, tan leonesa, como el que más. Porque va a ser cierto aquello de que uno no es de donde nace sino de donde paca.

Céline, como ella mismo cuenta, vivió sus primeros diez años en la localidad de Mouilleron-en-Pareds, departamento de La Vendée, en la región del Loira. Luego vivió en Torfou, departamento de Maine y Loira. En la actualidad, sus padres viven en Pouzauges, departamento de la Vandée.

Gran entusiasta de nuestro país, de nuestra tierra, bien integrada en nuestros hábitos y costumbres, en la cultura y lengua españolas, a veces uno tiene la impresión de que Céline hubiera vivido durante toda su vida en España. Un placer haberla encontrado en el camino, y haber podido compartir, y seguir compartiendo con ella (y con nuestro amigo de infancia Ricardo), tan agradables momentos. Además de compartir el gusto por el teatro y la música. Larga vida y mucha salud. (El editor).

¿Por qué elegiste España para vivir?

Yo no elegí España... fue mi destino. Digo esto porque no tenía ninguna relación con España hace 27 años. No tengo ni familiares ni venía de vacaciones aquí. Tengo una anécdota cuando hice la selectividad (BAC) en Francia, tuve una prueba de español. Me acuerdo muy bien, como si fuera ayer, decirle a una amiga: “En lengua española saqué lo justo para aprobar, total, como nunca lo voy a utilizar...”. Qué curioso. Fíjate... Justo dos años después conocí a Ricardo estudiando en la ciudad de Tours. Él había conseguido una beca ERASMUS para estu-

diar en Francia. Vivíamos en la misma residencia de estudiantes. Teníamos amigos en común, así nos conocimos.

Unos años después, mi contrato de trabajo en Francia terminó. Y Ricardo consiguió uno en Ponferrada. Me gustó la idea de vivir en España. Así me vine sin saber lo que me esperaba. En mi familia, tenemos el espíritu aventurero. Mi padre nos contaba que uno de sus abuelos se mudó diecisiete veces. Le gustaba conocer otros lugares, aunque fuera en la misma comarca. Sus descendientes pasaron las fronteras... En mi casa, de los cinco hermanos, dos vivimos fuera, una de ellas vive en Inglaterra.



Foto cedida por Céline, con su familia en Francia

¿Cuál es tu opinión de León, donde vives, y del Bierzo?

León es una ciudad pequeña aunque encuentras de todo. Tiene un ambiente musical que me encanta. Hay muchos sitios donde encontrar todo tipo de conciertos, teatros, baile. Este año me apunté a Lindy Hop (Swing de los años 30/40), es un baile poco conocido aquí pero en León sí es conocido. Lo que más me gusta, cuando los días son soleados, es ir al trabajo en bicicleta. Para este tipo de transporte es una ciudad ideal. También está cerca del mar, de la montaña y a dos horas de Madrid en AVE.

El Bierzo, mis referencias son Ponferrada y Noceda. Viví dos años en Ponferrada cuando vine a España, allí nacieron Naomi y Yasmín, mis hijas. Conocí a gente encantadora, gentil y cercana. Me sentí bien acogida, estuve muy a gusto. También en Noceda, con la familia de Ricardo, me siento muy bien. Me han facilitado mucho mi integración gracias a su cariño.

¿Cuándo fue la primera vez que viniste a España, y cuando llegaste por primera vez al Bierzo?

La primera vez que pisé tierra española fue en El Bierzo, en Semana Santa de 1992. Vine con unos ami-

gos (Katy y Tonio, algunos se acordarán de ellos) a conocer este lugar del que tanto nos hablaba Ricardo en Tours durante las veladas estudiantiles. Nuestro viaje empezó en Tours donde cogimos el tren nocturno hasta Irún. Desde allí, como nuestro presupuesto era muy ajustado, decidimos, un poco inconscientemente, hacer el resto del viaje a dedo. La suerte nos acompañó porque la primera persona que nos cogió nos llevó hasta la estación de bus de León (más de 400 kilómetros en un solo coche). Increíble. Una vez en Noceda seguimos nuestra aventura. En una semana, hicimos la Ruta de las Fuentes (todavía, no estaba señalizada como ahora), Ruta de Bodegas y Ruta de Pubs en Ponferrada. Terminamos nuestra estancia en Asturias en casa de Noelia y Winchi. Con 20 años, imagínate, lo pasamos “bomba”. La imagen que teníamos de los españoles era “Fiesta, Fiesta, Fiesta”... Confirmado.

¿Te ha costado adaptarte a España, León, El Bierzo?

Pues no. Todas las personas que se han cruzado en mi camino me lo han facilitado. Soy una persona que se adapta rápidamente.

En Ponferrada, conocí a las profesoras de francés de la Escuela de Idio-

mas. Di unas charlas en francés a sus alumn@s. Mi relación con ellas fue y es todavía estupenda. Me apunté a un taller de manualidades y clases de teatro. Era una manera de conocer y abrir más mi abanico de amigos. Lo mismo hice cuando nos mudamos a Trobajo del Camino (León), hace ya más de 20 años. Aquí, gracias a nuestras hijas, a través del colegio, incluso con mi trabajo, tuve la oportunidad de ampliar mi círculo de amistades.

¿Qué has podido recorrer y conocer de España?

Conozco Castilla y León, Galicia, Asturias, País Vasco, un poco Andalucía: Cádiz, Jerez de la Frontera, Granada, Córdoba. Ciudades como Barcelona, Madrid, Valencia.

¿Qué aspectos destacarías de España, qué es lo que más te sorprende, qué te atrae?

Antes de venir a vivir a España, lo que conocía de este país era lo más turístico. Lo que “se vende” desde Francia: Costa Brava, Flamenco, Toros, Los pueblos blancos, El sol...”. Eso era y es aún la imagen de España más allá de sus fronteras. Conocía también Santiago de Compostela porque allí termina el camino de los peregrinos.

Cuando vine por primera vez a España, al Bierzo, me sorprendió el color de la tierra “Roja” como en el Colorado de Estados Unidos. El norte español no tiene nada que ver con las fotos que veíamos en las guías turísticas. Pero eso es la riqueza de este país: su diversidad. Me gusta ir de ruta por Asturias, de conciertos célticos por Galicia, conocer la historia de Al Ándalus en Andalucía, perderme en las calles de sus ciudades: como las de Bilbao o las de Barcelona, donde tuve unos guías estupendos. Hace poco visité Granada y Córdoba. En el 94 estuve viviendo en Valencia durante tres meses. Todas y cada una de sus ciudades tienen rincones con encanto.

Otro aspecto que me sorprendió es el ambiente de los bares. Hay un cómico del Club de la Comedia que cuenta qué en España, para construir un pueblo, primero se monta el bar y después cada uno hace su casa... alrededor del bar. Tal cual es. Ese lugar es el punto de encuentro por excelencia. Ir de cañas y tapas es lo que más le gusta a las personas que vienen de fuera, aunque no consiguen seguir el ritmo de los españoles.

En Francia, en la región de donde soy, se recibe a la gente en casa para tomar “el aperitif” con la familia, vecinos o amigos, en casa de unos o de otros.



Céline en fiestas de Noceda, con amigos (entre ellos Javier Arias Nogaledo, autor del texto dedicado a *Lorenzo, nocedense centenario*, situado a la izquierda, al lado de Ricardo, el marido de Céline. Foto: M. Cuenya)

Los horarios son muy diferentes al resto de Europa. En verano te puedes encontrar a las doce de la noche a personas paseando, estar en los parques de las ciudades, o sentadas a la puerta de su casa, en particular en los pueblos, tomando “el fresco”. No conocía este ambiente. ¡Ahora lo hago yo!

¿Sientes o has sentido morriña, nostalgia de Francia, tu país?

Lo que echo de menos, por supuesto, es a mi familia. No poder estar cer-

ca sobre todo de mis padres cuando lo necesitan o no estar con mis herman@s en las reuniones familiares. También echo en falta no poder participar más en los encuentros que organizan durante el año mis antiguos compis de la universidad.

¿Qué emociones o sensaciones te produce Noceda del Bierzo?

Noceda es para mí un lugar de encuentro con la familia y los amigos. También, me doy cuenta de que es un

lugar para desconectar de lo cotidiano para las personas que viven fuera. Vuelven los fines de semana, para las fiestas o para disfrutar de sus vacaciones. La gente de Noceda tiene mucho apego a su pueblo. Yo no tengo este sentimiento.

Pasé mi infancia y mi juventud en dos ciudades pequeñas donde trabajaba mi padre. Ninguna era la ciudad natal de mis padres. Recuerdo que los domingos por la tarde íbamos a visitar mi abuela materna. Allí me juntaba con un montón de primos. En verano, durante las vacaciones, las pasábamos cerca de la playa. Cuando se jubiló mi padre, se mudaron al pueblo de mi familia materna, en la misma casa donde se crio mi madre. Allí donde una parte de mis raíces están ancladas. Pero no tengo esa sensación de pertenecer a este lugar como lo siente l@s de Noceda.

Noceda es un lugar en medio de la naturaleza. Me gustan sus rutas por el



Céline en Carnaval en Noceda con sus hijas y una amiga (Foto: M. Cuenya)

monte. He hecho varias veces y en diferentes estaciones la Ruta de las Fuentes. Una vez subí hasta la caseta de Gistredo, un día soleado con un cielo azul... espectacular. Este año, conocí la Ruta de Veneiro... me encanté.

Noceda es un lugar que mantiene sus tradiciones: En verano sus fiestas, en invierno la Matanza. Aquí, he hecho tareas que nunca me imaginé hacer como: “ir a la hierba”, “cuidar de las ovejas” con Angelita, “llevar las vacas al prao”, “participar en la matanza”, “comer botillo, pulpo”...

¿Te imaginas volviendo a vivir algún día en Francia?

No, no me lo imagino. No vine aquí por “obligación” como podría ser un trabajo (lo saben bien los de Noceda que tuvieron que emigrar). Aunque al principio el idioma fue una barrera, supe adaptarme. Cuando llegué era muy joven, esta edad nada te para, todo te ilusiona, no hay fronteras.

Después de 25 años (he vivido aquí más tiempo que allí) es el lugar donde he construido mi vida, mi familia, mi trabajo, mis amistades, donde he echado mis propias raíces.

Todo eso te hace plantear la vida de otra manera, aunque estés lejos de los tuyos. ◆

La lluvia tóxica

Pepe Álvarez de Paz

José (Pepe) Álvarez de Paz, habitual colaborador de la Curruja, con un estilo crítico constructivo, nos alerta de la necesidad de un Bierzo sano ante las amenazas reales que hemos venido sufriendo a lo largo de los años con humos tóxicos que se traducen en enfermedades varias, entre ellas, las leucemias agudas. (El editor)

La Junta de Castilla y León dice sumarse en el Bierzo a la lucha contra el cambio climático, el vacío del mundo rural y a la transición energética, gesto que le honra. Si ese anuncio se cumpliera, sería una buena noticia, diametralmente opuesta a la política económica del PP, al menos desde los tiempos del milagro español, el déficit cero, el capitalismo popular y el “*no hay alternativa*” del primer gobierno Aznar. Otro motivo de enfado para sus socios de extrema derecha que les están comiendo la merienda y que proclaman que eso del cambio climático es un bulo.

Durante el primer Congreso sobre la Economía del Bierzo, el Consejero de Medio Ambiente anunció, como una buena nueva para la salud de la

comarca, la próxima autorización de la Junta de Castilla y León para quemar plásticos y “*valorizar neumáticos*” en su factoría de Toral, de la multinacional brasileña Votorantim.

Hace falta mucho desparpajo y poco respeto, al nivel mental de los bercianos, para atreverse a formular algo tan disonante en aquel foro en Camponaraya, haciendo suya el consejero una definición anónima, en redes sociales: “su aportación al ahorro energético es haber nacido con pocas luces”. Lo que nos retrotrae a los tiempos caciquiles del siglo XIX, cuando la administración era un mero apéndice del poder, o quizá a los tiempos del rey Sol: “El Estado soy yo”, que viene a ser lo mismo que decir: “la Administración soy yo”. O a confundir a un Insti-



Embalse de Bárcena, al fondo central térmica (Foto: M. Cuenya)

tuto Tecnológico Independiente con el Consejo de Ministros.

Durante más de medio siglo las chimeneas de tres centrales térmicas han castigado con humos tóxicos la comarca: monóxido de carbono, dióxido de carbono, nitratos, sulfatos, metales pesados... Según la OMS, durante el año de 2009 murieron en España 16.000 personas a consecuencia de partículas procedentes de combustibles sólidos. Estudios médicos incontestados demuestran que la incidencia, entre otros males, de leucemias agudas en el Bier-

zo y leucemias infantiles en la proximidad de los hornos emisores es más alta que en territorios y países de nuestro entorno. Pero ENDESA anuncia que abandona –nunca mejor dicho–, la tierra donde nació, dejando como presente las luces encendidas de la torre de la Basílica, para que sepamos a quien hemos de encomendarnos.

Por su parte Cementos Cosmos, ignorando la transición energética, tiene a bien aclararnos qué otros productos combustibles piensa quemar en sus hornos de Toral de los Vados. Mientras

puja por la compra de ochenta mil toneladas de carbón del stock de Endesa, se supone que trasladándolas en camiones hasta Toral, ha afirmado públicamente que piensa seguir quemando también cok, un subproducto del petróleo que prácticamente le regalan en Estados Unidos, donde el Instituto Nacional del Cáncer (NCI) incluye la quema de coque entre las actividades cancerígenas prohibidas. “Sólo quemamos, advierte Cementos Cosmos, un 30 por ciento de desechos, el 70 por ciento restante quemamos coque”.

Simultáneamente Alan Svaiter, consejero delegado de la multinacional Votorantín, informa que “Cementos Cosmos apuesta decididamente por la lucha contra el cambio climático” y en prueba de ello, copiando una ocurrencia de ENCE en Pontevedra, ha teñido de rosa los camiones-hormigonera, para celebrar el día mundial contra el cáncer de mama.

La **hoya berciana** es una depresión geológica rodeada por un elevado circo de montañas, el pico Valdeiglesias supera, creo recordar, los 2.220 metros de altitud, Catoute tiene algunos metros menos, el Pico Tuerto, la Aquiana, el Pico Cuiña y Peña Seo algo parecido.

La Sierra de Gistredo es una estribación astur-leonesa de la cordillera cantábrica donde habita el oso pardo,

con cumbres por encima de los dos mil metros de altitud: Valdeiglesias, Pico Lago, Braña la Pena, La Rebeza, la Cernella, las Calanganas, la Mayada..., además del Tambarón, el Nevadín y el Catoute. Numerosas fallas y ríos tributarios del Duero fueron ahondando esa depresión durante millones de años, una encerrona para las emisiones contaminantes que dañan el buen nombre de los productos de la huerta y los viñedos, pero también la salud pública, la flora y la fauna.

Algunos privilegiados podemos, por consejo médico, alejarnos de la madre Gistredo y de las verdes praderas de la infancia, especialmente esos días de plomo cuando el aire tóxico almacenado en la hoya quema los frutales y los manteles que duermen a la luna de Valencia en el alto y bajo Bierzo. Lujo que no pueden permitirse los niños que juegan en los patios escolares comarcas, ni los ancianos que esperan su turno en los consultorios rurales, todos ellos en cuarto menguante, patios, colegios, niños, consultorios y ancianos.

Todo esto ante el estupor general, aunque de momento sólo han reaccionado los del pimiento asado, los de Bierzo Aire Limpio, algunas pancartas en la plaza del Ayuntamiento de Ponferrada el día de la Constitución y los Sellos



Foto de cementera Cosmos

de Calidad Agroalimentaria del Bierzo, que se preguntan si ese es el papel que se nos asigna, ser la co-incineradora de una multinacional. De momento, silencio sepulcral en el papel, en las ejecutivas, las ondas, las aulas y los campanarios. Lo expresa mejor el insumiso don Luis de Góngora: “todo se compra este día, todo el dinero lo iguala”.

Nos recuerda Bierzo Aire Limpio que doce mil personas se manifestaron pacíficamente, como antes lo hicimos con éxito en Madrid y aquí contra la incineración del aceite adulterado de colza en Compostilla, convocados esa vez por los Consejos Reguladores y por más de un centenar de colectivos cívicos, cierto también y lo lamentábamos entonces, sin la presencia de los sindicatos de clase. Lo digo desde mi respeto como militante desde hace cuarenta

años, también responsable comarcal del sindicato hermano UGT en tiempos revueltos, cuando ese simple dato te ponía en el punto de mira de los guardianes de las esencias patrias.

Con sangre, sudor y lágrimas, los sindicatos de clase lucharon durante la dictadura y en la transición, por los derechos de los trabajadores y por la conciliación en la empresa, en tiempos en que no existía una clara conciencia colectiva de lo que hoy llamamos **el ecocidio**. Pero no es la defensa del empleo el único protagonismo que atribuye a los Sindicatos –y a las asociaciones empresariales–, la Constitución Española, que les asigna un rango superior como uno de los pilares básicos de la democracia “en la defensa de los intereses **económicos y sociales** que les son propios” (art.7). ◆

Los miedos de nuestra infancia

Margarita Álvarez Rodríguez



La profesora y escritora omañesa Margarita Álvarez nos habla acerca de los miedos en la infancia, miedos que todos hemos llegado a experimentar alguna vez en la vida, en cierto sentido de carácter universal a la vez que propios de determinadas culturas. Miedos que hemos sentido de un modo similar no sólo en la Omaña sino en Noceda del Bierzo. (El editor)

El miedo es una sensación muy humana que todos hemos experimentado a lo largo de la vida. Pero hay una etapa en la que los miedos se hacen especialmente presentes: la infancia. Todos hemos sentido de niños algún tipo de miedo. Hay miedos comunes a todos los niños, de pueblo y de ciudad, de antes y de ahora. Por ejemplo, el miedo a la oscuridad. Sin embargo, hay miedos más específicos que experimentan los niños de los pueblos. Cualquier espesa arboleda, cualquier curva de un camino, cualquier sombra no reconocida, cualquier sonido no identificable, cualquier persona desconocida, cualquier animal

pueden despertar la sensación de miedo. Omaña, comarca leonesa en que transcurrió mi infancia, es una zona de generosa naturaleza que también podía facilitar esos miedos... También las leyendas de pozos, de cuevas, de venenos, de moros... producían un especial desasosiego.

Voy a tratar de rememorar cómo eran los miedos de mi infancia, lo que me obligará a viajar a las décadas de los 50 y 60 del siglo pasado.

Unos cuantos personajes misteriosos parece que recorrían los caminos de Omaña, al menos en la imaginación de los niños, y que nos producían miedo.

*Duérmete, niño,
que viene el coco
y se lleva a los niños
que duermen poco.*

En realidad estos versos eran parte de una nana que se usaba para dormir a los rapaces, aunque fueran bebés y no se enteraran del alcance de la amenaza. Pero, ¿quién era el coco? En nuestra tierra, coco es el nombre que se da a bichos pequeños, generalmente insectos. Pero este coco con el que se asustaba parecía más bien un personaje. Los niños lo identificábamos con un ser real y malvado. Se asociaba a la noche, pues se asustaba a los niños con él cuando íbamos a dormir, para que permaneciéramos quietos en la cama y no saliéramos de la habitación. No sabíamos dónde vivía ni cómo era, solo teníamos claro que podía salir de la oscuridad. Teniendo en cuenta que, cuando se asustaba con estos seres, las casas tenían un deficiente alumbrado y las calles no lo tenían, procurábamos estar quietos en la cama por si acaso aparecía y teníamos ocasión de ver su imagen, cosa que queríamos evitar.

Asustar con el coco es una costumbre que trasciende la cultura leonesa y española. En Portugal y en muchos países de Hispanoamérica también aparece este personaje. En el *Lazarillo de*

Tormes, Lázaro tiene un hermano de la relación de su madre con un hombre negro. Cuando Lázaro lo ve por primera vez se asusta, porque no ha visto nunca a alguien con piel de ese color, y dice a su madre: “¡Madre, coco!”

En aquellos valles y montes, pues, nos podía asustar el personaje indeterminado llamado el coco o también los cocos abundantes que viven en el mundo rural.

¿Y a qué niño de aquellos pueblos y de aquel tiempo no se le ha asustado alguna vez con el tío del saco o el tío del unto?

El tío del saco sí éramos capaces de visualizarlo. Un hombre de mal aspecto que llevaba un saco a la espalda en el que metía a los niños para llevárselos y degollarlos como el peor ogro. Por ello, cuando llegaba a cualquier pueblo un hombre desconocido generaba en nosotros desconfianza. A veces se trataba de los “pobres del palo”, que de vez en cuando pasaban por cada pueblo y que eran atendidos, siguiendo una *ve-lía*, cada vez por un vecino (el que tenía el palo de los pobres que se iba pasando de casa en casa). Era un ejemplo notorio de solidaridad colectiva con los necesitados, pero a los niños nos ofrecía algún recelo. Aquel personaje, al que se le había dado la cena y que después iba a dormir al pajar, desperta-

ba una alerta en las mentes infantiles, a pesar de que veíamos tranquilos a los mayores y eso nos inducía a pensar que aquel no era el hombre del saco al que debíamos temer.

Algo similar ocurría con el tío del unto o sacamantecas. No sabemos si con saco o sin saco, este personaje se acercaba a los pueblos para raptar a los niños y sacarles el unto. En la montaña leonesa el unto o manteca era la grasa de los cerdos que se derretía y conservaba en ollas para sazonar la comida o para meter los chorizos en conserva. Se supone que con malas artes estos personajes extraían el unto del cuerpo de los niños para usarlo con alguna finalidad cruel y misteriosa.

El tío Camuñas también era un personaje que infundía terror. Camuñas es en realidad un pueblo de la provincia de Toledo y el nombre del pueblo ha sido el apodo que usó el personaje que ha dado origen a la leyenda. Porque el personaje de los miedos existió realmente.

Francisco Sánchez Fernández o Francisquete nació en ese pueblo el 11 de septiembre de 1762. A partir de la ejecución de un hermano durante la invasión francesa, que fue colgado de las aspas de un molino, juró que vengaría esa muerte. Así se convierte en guerrillero con un grupo de secuaces,



Monumento a Francisco Sánchez.

Foto: Margarita Álvarez

luchó denodadamente durante años contra el ejército invasor y le causó graves daños, en distintos lugares de la Mancha. Por este motivo, Camuñas y sus guerrilleros terminaron siendo temidos por el ejército francés. “Que viene el tío Camuñas”, parece que gritaban los franceses cuando el grupo de Camuñas podía causarles estragos. El 13 de diciembre de 1811 fue apresado por los franceses en Belmonte y ajusticiado. Su pueblo le ha rendido homenaje erigiendo una estatua en la plaza del pueblo que lleva su nombre.

En realidad, Camuñas fue un héroe para su pueblo, pero se asociaba también con el miedo que causaban sus acciones violentas. Así entró en la le-

yenda y terminó convirtiéndose en un personaje aparentemente ficticio y usado para asustar a los niños. En León, la alusión a Camuñas tenía doble uso, pues se asustaba a los niños diciendo que venía Camuñas y también de personas desastradas se decía que se parecían el tío Camuñas.

Había también personas que en la imaginación infantil despertaban ciertos temores. Temor nos infundían los agentes de la Guardia Civil como representantes de la autoridad. Con sus grandes capas y sus tricornios, su figura se presentaba ante los ojos infantiles como la de alguien extraño y todopoderoso. Nuestra mente de niños nos los hacía ver como enemigos, porque pensábamos que nos podían detener y llevar a la cárcel. Un cierto miedo también existía entre los mayores. Eran entonces una mano ejecutora de la represión de la dictadura franquista. Se detenía a la gente por motivos ideológicos o se la multaba, por ejemplo, por trabajar los domingos o festivos... Recuerdo cómo en una ocasión, en un festivo, mi padre estaba arreglando la fachada de la casa y un familiar fue a advertirle para que bajara rápido del andamio, porque andaba por allí la pareja de la Guardia Civil. Relacionado con lo anterior, existía

otro miedo indefinido, pero cierto, que sentían nuestros mayores y que creaba una situación de alerta en los niños. Era el miedo a ser sospechoso, aunque yo no sabía muy bien de qué. Recuerdo cómo mi padre nos mandaba cerrar las contraventanas en las horas nocturnas cuando encendía la radio y, en onda corta, trataba de sintonizar, entre muchas interferencias, La Pirenaica. Yo sólo sabía que allí nos podían contar cosas que otras emisoras no contaban. Aquello de "aquí Radio España Independiente, estación pirenaica" quedó grabado en mi recuerdo, junto con la sensación de clandestinidad. Tardaría en saber que era una emisora comunista y que emitía desde Bucarest. Y también los miedos que generaba la dictadura franquista.

El médico era otro personaje que imponía un respeto especial. Y no era tanto porque nos llevaran a su consulta, sino simplemente cuando lo veíamos por el pueblo, porque iba a visitar a algún enfermo. Sabíamos que sus decisiones tenían que ver con la vida y la muerte de nuestros vecinos o con la nuestra propia y eso no era cualquier cosa. Si además nos prescribía inyecciones, el temor estaba más justificado.

Un grupo de personajes que despertaban temores eran los gitanos

o **quinquilleros** que, al menos una vez al año, llegaban a los pueblos. Era un grupo de gentes que nos inspiraban cierto temor. Teníamos la sospecha de que podían robar, cosa de la que oíamos hablar a nuestros mayores, y veíamos que, además, adoptaban la medida de cerrar bien las puertas para poner todo a buen recaudo. La forma de vestir de los hombres y mujeres de estos grupos, la forma de vida y el mal aspecto era algo que impresionaba las mentes de los rapaces. También el hecho de que fueran familias con niños, niños que vivían una vida muy extraña y miserable. Solían asentarse con todos sus **achiperres** en el portal de la iglesia y permanecían dos o tres días.



Aceitera realizada por un hojalatero a partir de una lata del queso de la ayuda americana que llegaba a las escuelas. (Foto: Margarita Álvarez)

Las mujeres ejercían la venta ambulante y los hombres se dedicaban a actividades de hojalatería, eran estañadores. Se les llevaban las sartenes, las potas y otros cacharros para que los compusieran. Eran capaces de estañar o lañar para arreglar un agujero, poner un asa... También transformaban una simple lata en otro recipiente: un tanque, una *zapica* para ordeñar, una aceitera, una *mazadora*... Porque en aquella sociedad nada se tiraba, todo se transformaba y adquiría nueva vida... También hacían tratos de compraventa con los burros y las mulas en los que tenían fama de engañar.

Un lugar que también era sinónimo de miedo era el cementerio. Se contaban historias de que se veían luces por las noches, los famosos fuegos fatuos, luces blancas o verdes, que surgen de sustancias en descomposición como las que hay en zonas pantanosas o en cementerios. Los huesos humanos contienen mucho fósforo y sales de calcio, por ello podían aparecer esos fenómenos cuando se enterraba en tierra y los huesos de enterramientos anteriores quedaban al descubierto. No sé si alguien llegó a ver alguna vez tales fuegos, pero la leyenda los presentaba como cosa cierta. Y con los cementerios, los muertos. Bien mirado, un

muerto no nos podía causar ningún daño, pero la muerte representaba el mundo de lo desconocido y todo lo desconocido nos inquieta, especialmente a un niño que aún no ha tenido contacto con la muerte.

La idea de no volver a ver a una persona o el temor a que se nos apareciera después de muerto nos producía mucho desasosiego. Seguramente todos superamos ese miedo cuando vimos por primera vez un muerto cercano.

Otra situación que creaba pánico en los niños e inquietud en los mayores eran las tormentas, llamadas por aquellos valles *nubes*. Oír la frase: ¡Que *vien* la nube!, nos producía una alarma especial. Las *colubrin*as y los fuertes truenos nos daban mucho miedo. El miedo se agravaba al ver la preocupación de los mayores por si la nube traía piedra y arruinaba la cosecha, o por los animales y personas que estuvieran en el campo... O por un rayo que podía quemar una casa o incluso matar a una persona. Eso acentuaba el miedo en los niños, especialmente cuando veíamos que los mayores rezaban para que pasara la tormenta o se hacían sonar las campanas. Yo recuerdo que nos metíamos en una habitación que no tenía instalación eléctrica (para estar más seguros) y nos tumbábamos en la cama,

que tenía un colchón de lana, porque, según se decía, la lana era aislante. Nos aterrorizaban las historias que oíamos sobre rayos que habían matado o lesionado a personas, los árboles que habían quedado abiertos en canal por la fuerza de un rayo, las instalaciones eléctricas quemadas, el que se fuera la luz... Mi padre fue derribado de la bicicleta por un rayo, porque atrajo la electricidad una hoz que llevaba colgada de la *petrina*. Todo ello acentuaba los miedos infantiles.

Nos impresionaban las velas encendidas, las oraciones a santa Bárbara y aquellas jaculatorias misteriosas con las que se conjuraba a la nube.

*Tente nube;
tente, tú,
que Dios puede
más que tú.
Tente, nube;
tente, palo,
que Dios puede
más que el diablo.*

El fuego era otro elemento que nos infundía temor. Alguna vez contemplamos un fuego que destruía casas o pajares o una quema en el monte. Impresionaba oír tocar a la vez las campanas de varios pueblos para alertar sobre un incendio y pedir la colaboración de vecinos de todos los pueblos próximos.

Era para mí un misterio que la gente distinguiera esa forma peculiar de toque de campañas de otros toques diferentes. Y también me impresionaba el ver a personas de otros lugares que habían perdido su casa o sus enseres pedir para casa quemada. Cada vecino colaboraba con lo que podía para ayudarles a reponerse de esa desgracia.

En un lugar en que en invierno y primavera había fuertes crecidas del río Omaña, resultaba impresionante el ruido que producía el río por la noche. También quedó marcada en mi mente de niña el saber que había vecinos que no dormían y vigilaban durante la noche la crecida para que el río no se les metiera en casa. El miedo se agudizó cuando, con solo seis años, tuve conocimiento de la catástrofe de la rotura del pantano de Ribadelago, que provocó la muerte a más de cien personas. Tengo un recuerdo angustioso del relato de aquellos hechos, que con máxima atención y pena escuchábamos en la radio. Años más tarde, mi pueblo estuvo a punto de quedar por debajo del muro del pantano que se quería construir en Omaña y tal vez inundado por el retén que se iba a construir río abajo, excepto dos casas, entre las que estaba la mía. Y el recuerdo de Ribadelago volvía a mi mente.



Río Omaña (Foto: Margarita Álvarez)

Aquel temor me llevaba a pensar que si un día tenía que luchar contra los estragos del agua o del fuego prefería lidiar con el último, porque el fuego se podía apagar con agua y la lucha contra el agua me parecía que era imposible. Pronto comprendí que tanto el uno como la otra producían daños difíciles de reparar.

Algunos animales también eran generadores de miedo para nuestras mentes infantiles. A la cabeza de todos estaba el lobo. En nuestros pueblos de montaña el lobo era una amenaza cierta para los rebaños y existía sobre él un temor colectivo que generaba también miedo a las personas. Se decía que se le distinguía en la noche por el brillar de sus ojos. Recuerdo vivamente las batidas al lobo con mucha gente en el monte para tratar de hacer un círculo y cercarlos en su madriguera. El grito de

“ahí va el lobo” resonaba con eco y se podía oír desde los pueblos. Dos imágenes siguen muy vívidas en mi retina. El ver a un cordero, oveja o cabra desangrada con el cuello *ajagayado*, después de ser atacados por el lobo, y al pastor que llegaba desolado al pueblo diciendo que le había salido el lobo. En alguna ocasión, una manada. La otra imagen es la del lobo capturado después de una batida. Después de muerto, se le desollaba y la piel se metía en un pequeño varal y colgado a los hombros de dos hombres se la llevaba por los pueblos de la contorna y se pedía para el lobo. Cada cual colaboraba con algo de dinero o viandas con las que los cazadores se preparaban una merienda para celebrar el éxito de la batida.

También la *raposa* (zorra) imponía por ser un animal muy astuto que se introducía en los pueblos y atacaba a las gallinas, lo mismo que hacía la *garduña*. Aunque no atacaban a las personas, el hecho de que atacaran a los animales domésticos también producía cierto miedo. El nombre de la *garduña* pasó a designar metafóricamente a la persona (mujer) que se aprovecha de lo ajeno. Otro animal de mis miedos infantiles era la *cabrallouca*, *chotacabra* o *coruja* (lechuza). Un animal nocturno y desconocido, que oíamos

en las noches de otoño e invierno, pero que no veíamos, por lo que se acentuaba más miedo. Con ese nombre, yo no tenía claro de niña que el animal fuera un ave. ¿Cabra y loca? Lo de cabra-loca imponía mucho más temor. Su canto impresionaba en las noches negras y frías, máxime cuando se nos asustaba con el canto del ave al decirnos que en su canto repetía: “Traémelo p’acá, traémelo p’acá”. Es evidente que todos temíamos que viniera a por nosotros.

El milano también era un ave que producía un poco de respeto. Los mirábamos con desconfianza pues sabíamos que eran aves de rapiña. Algunas retahílas populares, conocidas en muchos pueblos, contribuían a alentar ese miedo.



Foto: M. Cuenya

*Pepe, repepe,
pastor de los pollos,
vino el milano,
comióselos todos.*

*Pepe lloraba,
el milano cantaba,*

*Pepe decía:
Así reventaras.*

Si se comía a los pollos, podría intentararlo también con algún rapaz o rapá. En algunos lugares, el animal que se comía a los pollos era la raposa. Peor impresión aún nos producía el cuervo. Cuando aparecía una bandada de estas aves se decía que sacaban carne, frase que aludía a que iba a morir alguien. Y nos preguntábamos a quién iban a hincar sus picos.

Había también animales de los que temíamos las picaduras, lo mismo que puede ocurrir a los niños de hoy: avispas, abejas... ¿Y qué decir de las culebras y los sapos? Además de miedo a la picadura de las culebras, también se nos contaban historias sobre culebras que se habían enroscado en el cuello de alguna persona a la que habían ahogado. Los sapos más bien producían asco, pero también nos producían un poco de miedo, porque se nos decía que nos podían lanzar la orina a los ojos y dejarnos ciegos.

Aunque fueran animales que gene-

ralmente no veíamos, también teníamos un miedo especial a las salamansas y a los escorpiones. Un refrán que se oía con cierta frecuencia alertaba de la peligrosidad mortal de la picadura de estos animales. Decía: “Si te pica un escorpión, con la pala y el azadón; si te pica una salamansa, con la pala y la artesa (ataúd)”. Evidentemente el refrán aludía a que las picaduras de ambos animales eran mortales. En cambio, ningún animal doméstico nos producía miedo. Sin embargo, la salamansa no es animal venenoso, pero el mito de su veneno letal está muy extendido. En ningún caso pueden picar, como máximo morder si se las atrapa, pero en general huyen de la gente.

Convivíamos amistosamente con las vacas, los burros, las cabras, las ovejas, las gallinas... Los *gochos* nos gustaban un poco menos. Pero había un animal que era muy misterioso. Un animal que se cazaba por la noche, en todas las épocas del año, porque no le afectaban las restricciones a la caza. Habrá pocos omañeses, pocas personas de edad madura que no hayan oído hablar de los *gamusinos* o hayan sido invitados a cazarlos. Era una broma a la que se sometía a personas que nunca habían oído hablar de esos seres. El “listo” simulaba que los caza-

ba y los iba metiendo en un saco con el que hacía cargar al más ingenuo, hasta que este descubría que lo que llevaba en el saco era un engaño. Nunca nadie pudo ver ni atrapar un gamusino, porque era solo un animal imaginario, pero a los *guajes* nos producía por lo menos intriga. Una vez que descubríamos qué eran los gamusinos, perdíamos el miedo y los propios chavales hacíamos referencia a ellos para engañar o asustar a otros niños. La palabra está recogida en la mayoría de comarcas leonesas, según anota J. Le Men en su diccionario *Léxico del leonés actual*. También el *Diccionario General de la Lengua Asturiana (DGLA)* recoge la forma *gamusín*, y en el DLE (RAE) aparece también gamusino con el mismo significado, lo que quiere decir que es una leyenda compartida con otros lugares de España.

Y aún existían otros miedos.

Las vivencias religiosas que nos inculcaban cuando éramos niños también reflejaban más temores que amores. No era extraño que se reprendiera a un niño diciéndole que lo iba a castigar Dios. Y en el ámbito de la educación religiosa la insistencia en hablar de pecados llevaba también aparejada la idea de ir al infierno, un infierno de fuego eterno. En algunas ocasiones po-

díamos sentir muy cerca al demonio. En las noches muy desapacibles del otoño e invierno, con fuertes rachas de viento y lluvia, se decía que andaba el diablo suelto por la calle. Seguramente con mala intención, pensábamos. Hasta que entendíamos que eso sólo era una metáfora, nuestra imaginación veía a esos diablos que habían tomado el espacio exterior a las casas y de los que nos teníamos que guardar.

No faltaban en algún caso los miedos a los castigos, aunque en general eran leves, pero cuando se hablaba de que nos iban a meter en algún cuarto oscuro (en la corte de los gochos) nos producía un temor especial. También cuando veíamos que podíamos recibir un castigo físico, en casa o en la escuela. Se decía que algunos maestros tenían la vara de avellano dispuesta para el uso. Yo no llegué a verla. En la mayoría de los casos se trataba de amagar, pero sin dar, porque sabíamos que había que obedecer por imperativo moral. El “sí señor” y el “mande usted” teníamos claro lo que significaba. Ya, en otra ocasión, he escrito sobre los castigos físicos.

Cuando superábamos alguno de estos miedos empezábamos a sentirnos mayores y no era extraño que tratáramos de asustar a otros niños más pequeños. Muchas veces me ha recordado mi

hermana menor que yo la asustaba en (y con) la oscuridad y el gamusino que se acercaba sigilosamente desde el exterior de la casa hasta la cama, mientras recitábamos: “¡Ay, mamina mía, mía, quién será! Calla, hijina mía, mía, que ya marchará...”. Espero que ya me lo haya perdonado. Pero es posible que viviéramos los miedos a medias, aunque yo quisiera presumir de lo contrario, porque la oscuridad de la casa, los sonidos de la noche (entre ellos el crujir de las maderas), el viento que soplaba, los ladridos de los perros y otras experiencias desagradables no dejaban descansar la imaginación de ningún niño.

Visto desde hoy, llama la atención el hecho de que nuestros padres nos encomendaran labores que, además de generarnos miedos, podían suponer un riesgo para nosotros, niños de pocos años. Teníamos que ir a otros pueblos a hacer recados andando por la carretera o por caminos solitarios, a llevar la comida a las tierras del monte a los segadores en época de recogida de pan, a guardar las vacas a prados apartados del pueblo... Es verdad que los peligros de entonces no eran tantos como los de ahora -o quizá no se veían-, o bien había que hacer de la necesidad virtud. Recuerdo que tenía bastante miedo y desconfianza cuando, en

circunstancias como las descritas, veía aparecer a algún hombre desconocido. Tengo varios recuerdos desagradables al respecto. Incluso me daban miedo los camiones que transportaban el camión de las minas, miedo por el vehículo en sí mismo y temor a que los conductores me secuestraran a bordo del camión. No sé si aquellos niños éramos más maduros que los actuales o simplemente la realidad que vivíamos nos hacía adaptarnos al medio. A nuestra infancia no llegó *Halloween* (esa modernidad que hemos copiado de una cultura bien diferente), pues el miedo no era una fiesta ni una experiencia de un día. No necesitábamos telas de araña artificiales (las veíamos cada día), ni pintarnos caras sanguinolentas, ni tratar de asemejarnos a Drácula, ni calabazas, ni calaveras...

Aquellos miedos y otras situaciones difíciles, a las que tuvimos que enfrentarnos en la infancia o la adolescencia, nos dotaron de una gran fortaleza moral que ha marcado nuestra vida de adultos. Porque los miedos, siempre que no sean traumáticos y limitadores, tienen un papel importante en la formación de nuestra personalidad.

En todo lo escrito antes me he limitado a expresar las vivencias, el resto lo dejo para la neurociencia y la psicología.

La niebla de Noceda

Venancio Álvarez de Paz

Venancio Álvarez de Paz, con este artículo estremecedor, nos devuelve a una Noceda de principios del siglo XX en llamas, incendiaria, inquisitorial, me atrevería a decir. (El editor)

Allá por los años veinte del siglo pasado se produjeron en Noceda diversos incendios en tres etapas, siendo quemadas sesenta casas, todas ellas corrales. En la primera etapa se quemaron seis edificios desde mayo a agosto de 1924. Se acusó a Constantino Rodríguez y a sus dos hijos, quienes fueron condenados. Desde agosto de 1924, en que fueron presos Constantino y sus hijos, hasta el 13 de mayo de 1925, no hubo más incendios y desde este último hasta el 8 de septiembre siguiente se produjeron nueve, a poco de haber llegado de América otro hijo de Constantino, llamado Eduardo, quien infundió sospechas de inducirlos con la intención de demostrar así la inocencia de su padre y hermanos.

La Guardia Civil se instaló en Noceda durante varios meses para hacer

indagaciones, resultando procesados Eduardo, sus suegros, un hijo de once años y varias personas más carentes en absoluto de bienes que tenían amistad íntima con el procesado.

La Audiencia absolvió a todos los procesados en esta segunda etapa, menos al suegro, Isidro Escalante, acusado por su hijo, y a la joven Elvira Crespo, como autora de otros dos incendios.

Desde septiembre de 1925 hasta julio de 1926 no se produjeron más incendios y en este último mes tuvieron lugar tres incendios, cuyos autores quedaron impunes, absolviendo la Audiencia a los procesados.

Estos sucesos llevaron al pueblo al primer plano de la vida nacional, siendo noticia de primera página en los principales periódicos del país.

Parece ser que los incendios fueron inducidos por una compañía se segu-

ros. Según la prensa de entonces, que hemos consultado, hay muchas cosas oscuras en cuanto a los autores, al menos algunos de ellos.

Los vecinos estaban divididos respecto a los inculpados y algunos periódicos ven rivalidades políticas. El pueblo no salió bien parado. Se habla de Noceda como un lugar donde suceden cosas terribles; de caciques justicieros que torturan para imponer su ley y en el que se hacen desaparecer a personas, simplemente porque a algunos no les gustan, sin que nada se aclare.

Todo esto es lo que lleva al periodista Arturo Pérez Camarero, del diario *La Libertad* de Madrid a escri-

bir una crónica titulada *La niebla de Noceda*.

En una visita que hizo a esta villa el día de los difuntos de 1926 nos habla de las cosas misteriosas y fatídicas que suceden en este pueblo. *“Este ya trágicamente célebre valle del Bierzo nos ha revelado su secreto. Apenas vividas unas horas en los rocosos desfiladeros del río Noceda y en los fangosos valles del poblado el misterio que nos inquietaba se ha trocado en una realidad más obsesionante que el misterio mismo”*.

El periodista piensa que son inexplicables que en España, en el siglo presente, se desarrollen dramas de la naturaleza de esta tragedia rural.



Foto cedida por Venancio Álvarez de Paz

No encuentra verosímil la sucesión continuada de tan horrendos hechos.

En Bembibre se encuentra con un fotógrafo que le advierte: *“Cuidado con la niebla de Noceda”*.

En Viñales traba conversación con un aceitero que recorre los pueblos y conoce cuanto en ellos se comenta, quien le dice que mal camino lleva. *“Harto será que no haya niebla en Noceda.”*

Por Peña Oscura alcanza a dos labriegos, quienes le cuentan que allí los de Noceda vencieron a los franceses sin más armas que las piedras lanzadas desde lo alto. Se encuentra con una cruz.

“¿Y quién lo mató?”

—¿Quién cree usted que fuese?”

La niebla”.

En el pueblo fueron asesinados tres secretarios en poco espacio de tiempo. Los mató la niebla. Se acercan al pueblo y los acompañantes le dicen al periodista que Noceda sería el pueblo más rico del Bierzo, si tuviese carretera. *“¡Ya verá usted qué vegas tiene! Y todas de regadío”*.

Le cuentan todavía tres o cuatro estragos más que causó la niebla. Ya en el pueblo intenta el periodista hospedarse en una casa neutral. *“Necesitamos estar en un sitio donde puedan venir a vernos los de los dos bandos”*.

El Secretario del Juzgado les contesta que sería mal asunto que le vieran con algún amigo de los incendiarios.

En el Ayuntamiento aguardaban unas treinta personas reunidas por las fuerzas “vivas” de Consistorio. *“Ya vemos que han preparado al pueblo”*, dice el periodista. *“Lástima que de los dos mil habitantes de Noceda sólo hayan venido una treintena”*.

Hablando del principal acusado, el juez municipal y el exalcalde le dicen al periodista:

—Mire cómo sería ese Constantino, a quien usted cree inocente, que una vez nos trajo un secretario que al poco tiempo no hubo más remedio que matarlo.

—¿Qué matarlo?

—Pero, ¿quién lo mató?

—¿Quién iba a ser?

—¡SE LO TRAGÓ LA NIEBLA!

El periodista llega a la conclusión de que ya poseía el secreto de todas las cosas horribles que pasan en Noceda: *“¡Fue la niebla! ¡La niebla que se los traga!”*. Pero no es la niebla que, de cuando en cuando, cubre estos fecundos valles y montañas, sino la niebla que la incultura pone en los cerebros y en los corazones.



Encuentro emocional en Noceda del Bierzo

Lidia Fos

Con sensibilidad y prosa lírica, la poeta y narradora leonesa Lidia Fos, quien participara en el Décimo encuentro Literario en Noceda del Bierzo el pasado mes de agosto, reflexiona acerca de los afectos, del tiempo, de la vida, (El editor).

En una cálida tarde de agosto Cuenya, organizador del encuentro literario de Noceda del Bierzo, en esta útero de Gistredo, la matria de Manuel ocasión su décima edición.



Participantes en el Décimo Encuentro literario en Noceda del Bierzo (Casa de la Cultura), con Lidia Fos, tercera, de pie, en la parte derecha.

La acogida fue acorde con el clima, pronto comprobamos que se sentían encantados de compartir nuestro cariño por las letras y deseosos de escuchar poemas, relatos y canciones acompañadas al rabel que hasta este hermoso pueblo del Bierzo Alto fuimos invitados a llevar.

En el discurrir de las palabras navegamos de la risa al llanto, del amor a la rabia, del dolor a la esperanza, a bordo de historias cargadas de realidad. Poetas, narradores, juglares, aprendices en esto de dar forma a los pensamientos y las emociones a través del verbo. Cabe destacar la magia generada con cada uno de los intervinientes, dando forma a los sentimientos y provocando que la piel se erizara en más de una ocasión ante un auditorio entregado. De eso se trata, al fin y al cabo, de remover hasta el fondo del alma, de sacar a flote todo aquello que nos conmueve, que nos duele, que nos hace incluso vulnerables, que nos hace sentirnos más humanos con esa fragilidad a veces olvidada. Solo el arte en cualquiera de sus manifestaciones nos engrandece y

al mismo tiempo nos vuelve conscientes de nuestra escasa importancia en el mundo, de nuestro grano de arena en el inmenso desierto que es la existencia. Existencia breve repleta de sobresaltos que bien merece ser llenada de momentos bellos, de instantes robados a la rutina para hacer de ella un viaje inolvidable.

Ojalá tuviéramos más presente lo efímera que es la vida, lo fundamental de la buena salud para disfrutarla a plenitud. Entonces, tal vez sólo entonces, emplearíamos de una forma más sabia el tiempo, que es la vida misma pues ésta tan sólo es tiempo. Nos entregaríamos a amar en todas las formas posibles, los afectos mueven el mundo, son el verdadero motor. Son los que logran que no importe el dónde ni el cómo solamente el con quién.

Por lo tanto no dejemos de compartir con personas entrañables más horas inolvidables haciendo aquello que nos entusiasma, como lo fueron las pasadas aunando palabra, música y emoción en este maravilloso enclave berciano.





Café Bar Paco
C/ Arcos, 28
Tlf.: 987 517 158
24319 Noceda del Bierzo
(Paco)

Colectivo Cultural



LA IGUIADA

www.nocedadelbierzo.com



DIPUTACIÓN
DE LEÓN



INSTITUTO
LEONÉS DE
CULTURA



AYUNTAMIENTO
DE NOCEDA
DEL BIERZO